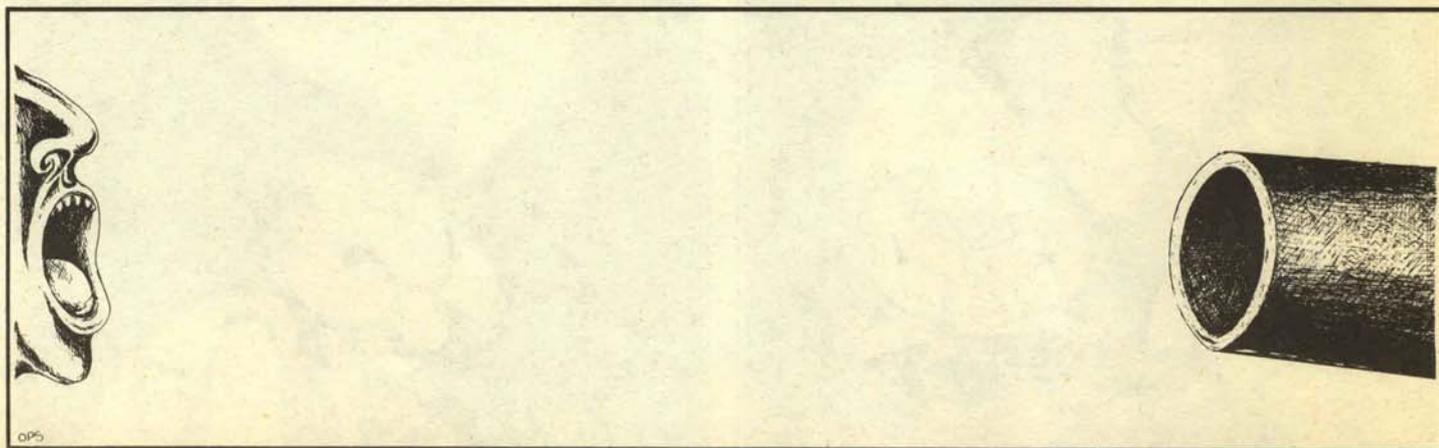




«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 11



«¡Qué país, Adriano, qué país...! Ya no está una segura ni asomada a la borda del yate», exclamó la condesa de Fuentenarcisa, mientras me arrimaba la mórbida suavidad de los muslos bajo la mesa. La marquesa de Pozalt de Estrems desgranó resonancias catalanas al decir: «Nunca la moral había llegado tan bajo». Y se acarició el collar de perlas en un paseo lento, tembloroso, insinuante de su mano diestra sobre la piel del escote. «Querida: hablar de moral es volver al pasado. Hoy la calle es de los plebeyos», remachó su marido al tiempo que me acariciaba la espalda con una langosta viva. La rizada inquietud de la mar arrullaba la popa del yate. Abajo, en tierra, sobre el pavimento del Puerto Banús, una inglesa hacía streak en protesta por el hambre de los niños indios. La marquesa de Pozalt de Estrems dijo: «Siempre que oigo hablar del hambre de los niños indios se me abre el apetito de manera desordenada», y succionó tres docenas de ostras con los labios húmedos de sabor a mar. Descansó su cabeza en mi hombro y susurró: «Dicen que las ostras excitan los bajos instintos... ¿Crees que la inglesa del streaking habrá comido muchas ostras?». Miré hacia el muelle. La pobre inglesa no había podido completar el streak. Los viandantes querían lincharla por inmoral. Un matrimonio de Valladolid pedía su cabeza a grito pelado y en castellano perfecto. Miré a la Pozalt de Estrems y sonreí con la punta de la lengua empujando los dientes por mejor reflejarlos en la luna. La condesa de Fuentenarcisa tiró de la seda hacia arriba y la rodilla que descansaba en mi pierna quedó fresca y redonda como una manzana pidiendo mordiscos bajo la mantelería. El marqués de Pozalt de Estrems arrojó la langosta a un grupo de gitanillos y me hincó las uñas a través del smoking. «Por lo único que envidio a esa petarda del streak es por el calor que hace», musitó, y se aflojó la corbata. La Fuentenarcisa subió la falda más aún, hasta que la luna arrancó reflejos a las gemas que adornaban sus ligas. El marqués se desabrochó la camisa. Su mujer se rasgó el escote y preguntó con una ronquera llena de calores: «¿Aquí?». Torcí la sonrisa y, golpeando con una botella de Don Perignon las nalgas de la duquesa de Ciento y Pico, dije: «No. Abajo, con la plebe». «¡Pero...!». «Si queréis más, Adriano, abajo, al puerto, desnudos para que yo lo vea». Bajaron. Envolvieron a la pobre inglesa y, ante los aterrados paseantes del puerto, se desnudaron todos y cantaron la «Marsellesa» mientras pedían dinero para los niños indios y para mi madre. Arriba, en la borda, yo —Adriano di Tola— fui vaciando los bolsillos de aquellos trajes con olor de marisco y vino blanco. Mi madre podría seguir en el sanatorio (no es que esté enferma. Es que le gusta vivir allí para reírse de los enfermos).

ADRIANO DI TOLA